



El tema diferente

Un olvido imperdonable

Por Hugo Goldsack

Entre nosotros el poeta es un individuo condenado a una soledad sin remisión. La gente con que convive lo aprecia por cualquiera de sus cualidades, pero no por la de poeta. Esto no significa que el hombre común desdeñe siempre la poesía. El público -y esto puedo certificarlo cualquier librero honrado- está mucho más preocupado de la poesía que lo que habitualmente se cree. Y consume mucho verso, si bien sus gustos lo hacen preferir una poesía accesible al entendimiento y a la sensibilidad a una poesía crucigramática.

Es probable que en este rechazo juegue un papel bastante significativo ese patológico miedo al ridículo, que a los chilenos nos persigue prácticamente desde niños. Nos da vergüenza tener sentimientos. Suspirar es cosa de señoritas. Y llorar... Bueno, una debilidad como esa no tendría perdón de Dios... Si Ud. sustentara alguna duda, acuérdesese de la tonada más emotiva que conozca y vea cómo, después del quejumbroso lamento inicial, salta un estribillo burlón, que es como un balde de agua fría sobre la pena... Confesar públicamente que estamos tristes no sería cosa de hombre...

Por eso, admiramos, muy adentro de nosotros mismos, a los poetas, pero hacemos lo imposible por no decirles. Un amigo mío, que funcionó hacia los años cuarenta como afamado crítico de arte, admirado por su saber y temido por sus juicios implacables, opina, por ejemplo, que los hijos de esta región no tienen sensibilidad ni inquietud espiritual, y que son, todavía tan rudos como los colonizadores del Lejano Oeste.

Yo pienso exactamente lo contrario. Temuco y lo que hoy llamamos, con bastante acierto, la región de La Araucanía, es tierra de poetas. No fue por casualidad que en Angol de La Frontera naciera el primer bardo nacional -don Pedro de Oña- a cincuenta años escasos de la llegada del Conquistador. Para Neruda, Temuco fue su patria chica de adopción. Hablar de la Región es evocar, voluntaria o involuntariamente, los nombres de Aldo Torres Púa, Juvenio Valle, Jorge Teddlie, Raúl Mellado, Pablo Guíñez y César Roca. Y de muchos otros, olvidados de los hombres y de los dioses, que acuden, sin embargo, con rara puntualidad, cuando Luis Alberto Sepúlveda y yo los invocamos, para que vengan a compartir con nosotros los ritos del recuerdo.

Algunos son, para suerte nuestra, todavía de este mundo, como Venancio Lisboa, cuya voz religiosa casi no admite parangón entre nosotros, o como Armando Benavente, que suele firmar como Pablo de Alón y cuyas prosas de evocación han hecho desaparecer la fina presencia de su poesía, que es excelente. O como Carlos Godoy Silva, cuyo elogio a Temuco hizo cincelar en piedra mi querido amigo Julio Parra Santos. Tres nombres que no deberían faltar, por cierto, en ningún florilegio responsable y de buen gusto.

Otros, desencarnados hace ya muchos años, como don Augusto Winter, el de los cisnes, o el pálido Oscar Weinberg Sánchez, acuden también, provocándonos un tenue escalofrío, como si al venir desde allá, una racha helada se hubiera deslizado por la puerta entreabierta...

El olvido brutal que ha caído sobre Oscar Weinberg y su poesía me entristece tanto como a Luis Alberto Sepúlveda. ¿Quién se ha acordado, por ejemplo, que, justamente en este mes, se cumplen cuarenta años de su prematura desaparición? Treinta y un años había cumplido recién cuando se agravó su enfermedad a los pulmones, falleciendo del mismo mal que nos arrebató, en plena cosecha lírica, a Oscar Castro. En esta tierra de poetas, emergió alegremente, entre las risas y las serpentinas de las fiestas de la primavera, allá por 1926. Neruda, que había surgido también de ellas, lo estimulaba cuando venía por Temuco a sentir llover...

El poeta era un correcto funcionario de Impuestos Internos hasta la hora en que el sol se pone. A partir de ese momento, el Imperio de Oscar era toda la ciudad y toda la noche. De café en café, de tertulia a tertulia, de cabaret en cabaret, se iba Weinberg, del brazo de su Musa, despararrando poesía a los pies de todas las mujeres hermosas de entonces. Las escasas personas que lo recuerdan conservan en la memoria su acuarela de la fiesta:

Finas caderas de niña
tienen todas las guitarras.
Por eso hay que sentarlas
levemente en nuestra falda.

Yo tengo los ojos puestos
en dos pañuelos que danzan
y que giran en el aire
como si fueran dos aspas.

Es el baile de mi tierra
con acordeón y guitarra,
donde los pies van hablando
como si fueran palabras
y las miradas se cruzan
como espadas desde el alma.

La niña de la ramada,
secudida de mil ansias,
deja jugar sus cabellos
con los cabellos del arpa
para que puedan trinar
como alondras cuando canta.

Inevitable fin de tales evocaciones es la temblorosa pregunta de François Villon: "¿Dónde están las nieves de entonces?" ¿Sobrevivirá siquiera una de las bellas mujeres en cuya hoguera el poeta quemó, dionisiacamente, alma, salud y vida? A falta de ellas, sería loable que volviera a crear aquella atmósfera alucinante ese gran pintor de los nocturnos temuquenses que es Pablo de Alón. ¿Quién mejor que él podría hacernos revivir la vida vibrante y efímera de aquel poeta admirable, que se empeñó en demostrarnos el acierto de aquella sabia y antigua sentencia: "Los amados de los dioses mueran jóvenes".

Un olvido imperdonable [artículo] Hugo Goldsack.

Libros y documentos

AUTORÍA

Goldsack, Hugo, 1915-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un olvido imperdonable [artículo] Hugo Goldsack.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile